

¡Homenaje a Tortosa!

En honor de este año cívico, se digna Tortosa alistar sus esfuerzos por honrar su patria y su gloria, con un homenaje en el que participan representados todos los cleros locales y del que se honran personas autorizadas, con miles de señores galardonados, los señores señores: Excmo. Sr. Gobernador Civil de la provincia, D. Francisco Luchado Olvera, el Sr. Comandante D. Joaquín Bux y el benéfico Alcalde de Tortosa Excmo. Sr. D. Esteban Albacac. El apogeo no alcanza y frente de magnífica consideración, todo el deber de honrar a honor y gloria de la Tortosa eterna de nuestros amores, con un discurso leído de la mano del orador y que a continuación se publica.

ENRIQUE BAYARRI

Excmo. Sr. Gobernador Civil de Tarragona — Ilustres Autoridades de la ciudad de Tortosa — Ciudadanos:

Nóbleza obliga, señores, con apogeo ineludible gratísimo, a que, después de las significaciones de consideración y afecto dedicadas en este acto y de los discursos de magnífica aliento anteriormente pronunciados, me haga lugar a otra palabra que lo que impone el deber sagrado de la gratitud: Gracias, muchas gracias.

Gracias desde lo más íntimo de mi alma a todos: a las dignísimas Autoridades provincial y locales, en primer lugar, que nos han honrado con su presencia atenta, y a los ciudadanos todos y uno por uno que han tenido la generosidad de tomar parte en este homenaje. La agradecido de corazón, por lo que vale, por lo que significa, por lo que simboliza, por lo que alienta y estimula. Pero, eso sí, es demasiado trascendental para que pueda apropiarme personalmente, exclusivamente. Si bien se considera, en él no me compete sino el papel de transcribir. Tal cual es, pues, lo transmito, dedico y consagro a la Tortosa eterna de nuestros amores, cuya Historia he escrito con cariño de hijo, con asombro de historiador, con el fervido entusiasmo de un enamorado de sus gentes y de sus glorias inasacables, que la Inmortalidad consagrará definitivamente. Y Tortosa representa en ese drama histórico el soberano papel de actor de una cruzada tan gloriosa, tan triunfal, tan admirable, como solamente los pueblos más predilectos de la Historia pueden representarla. ¡Qué espectáculo más embalsamado presenta al mundo y al aplauso de las generaciones, los testimonios de todos los siglos, auténticos actores o espectadores de la Historia de Tortosa! ¡Ese es el que esculpe mérito, señores, infinitamente mayor y más galardenable que el haber sido humilde cronista inventariador de sus proezas y de sus glorias!

Vaya, pues, a ellos principalmente, a los que con sus esfuerzos y sus virtudes laboriosas, de hecho, nuestra Historia, el rendido homenaje de nuestros aplausos, de nuestra admiración, de nuestra gratitud sempiterna.

Homenaje a nuestros más remotos antepasados paleolíticos que, incontables millones atrás, dejaron en las típicas pinturas rupestres de nuestra región, desde el collado de «Cabezaferre», en Pobleu, hasta el ya recordado: burraco de

Valtierta, en Albalocor, el monumento testimonial magnífico, que el tiempo ha respetado, de su exquisito gusto estético y de sus ideales artísticos tan noblemente realistas y humanos.

Homenaje a nuestros antepasados neolíticos, que, estableciéndose ya de una manera estable en nuestra comarca tortosina, organizaron la explotación de esa mina inagotable de recursos de vida que es la Agricultura, base fundamental de nuestra Industria y de nuestro Comercio que, gracias al esfuerzo multisecular indígena, ha convertido nuestro terreno en un auténtico paraíso terrenal, rebozante de bienes materiales.

Homenaje a nuestros antepasados de la Edad del Bronce, que, a beneficio de los metales cuyo empleo y uso hicieron, pudieron imprimir nuevo auge y progreso al laboreo de nuestros campos, a la incipiente industria, a cuanto era útil y constituyere hogaño fundamento y requisito indispensable de la vida social ordenada y dignificante.

Homenaje a nuestros antepasados protohistóricos de la Edad del Hierro, que durante casi todo el milenio anterior a nuestra Era consolidaron y perfeccionaron los progresos y descubrimientos de sus predecesores indígenas, logrando que su primera presentación en el escenario de la Historia produjera a los colonizadores extraños y dominadores la sensación de un pueblo robusto y emprendedor, ágil de cuerpo, de espíritu vivaz, indomable, resuelto a proseguir la ruta de sus destinos con la mirada fija en la estrella de su porvenir, centelleante de nobles ideales de gloria y de civilización.

Homenaje a nuestros antepasados históricos los Iberos-flavescerones, señores de nuestra gran raza tortosina, troncos ingente y gallardísimo de nuestra estirpe, que si con tenaz y audazmente porfiria consiguieron que su capital, Ilerconum, mereciera del historiador romano Tito Livio la calificación de *paludium sine ulla lere* de su región, también se hicieron ellos acreedores a que el egregio naturalista Plinio reconociese y proclamase que entre los pueblos célebres de España, destacaban como «celebratísimos los Dercetanos».

Homenaje a nuestros antepasados de la época visigoda, que, alternados herederos de los reinos de la Fe cristiana, ya arraigada en nuestro suelo durante la dominación romana, persistieron en conservarla inmaculada e íntegra a despecho de las propagandas del seductor Arianismo y a viento y marea de las insidias de los cívicos de la inequidad, de los halagos de la perfidia, de la seducción, de las apóstatas y del depravado escudado de las jerarquías trinitarizadas.

Homenaje a nuestros antepasados los heroncos moxibales tortosinos, que, después de convencerse tantas veces martirial, entre los dominadores musulmanes, transmitieron, sin traicionarla ni profanarla, a las generaciones triunfadoras, tras la Reconquista de Ramón Berenguer IV, en 1148, la herencia de su Fe cristiana, los tesoros de las tradiciones de su pueblo y las vigorosas energías multiplicadas de su sangre no contaminada.

Homenaje a nuestros singulísimos antepasados de la Edad Media tortosina, pervivientes en aquellos derelictos siglos cuya ruta abocó con su espada conquistadora el gran Conde Rogerique, de Barcelona, y con su espada pontifical el primer Obispo de la Reconquista, Guifredo, que amaron con el monumento, más que las Pirámides perennes, de nuestros Costums, aquellos tres inmortales testigos

los notarios Pedro de Tamarit y Pedro Gil, presbíteros por la mitra episcopal del estimo canonista y jurista don Arnaldo de Jardi, que ilustran y decoran nuestros incógnitos Gremios, que ilumina con fulgores seriales aquel ejemplo cristiano pueblo tortosino de los Reyes de Aragón, que si por uno de ellos, Alfonso II, fue proclamada en 1178, «gloria y ornamento de los pueblos del Universo», por la santísima Santísima Virgen, en persona, nuestro ser dignado como religiosísimo y galardonado con la joya insuperable de su sagrado Cíngulo, en perenne del amor y de la protección que había de dispensarle en el transcurso de los siglos.

Homenaje a nuestros antepasados flavescerones durante la Época imperial de Dercetobianense y de la del reinado de la Casa de Austria, a la altura de las virtudes de sus Reyes, a la altura del progreso cultural costero, a la altura del patriotismo que excedía el ideal de los más ilustres españoles de aquellos siglos de oro, desde el monumental descubridor de América, hasta Despuig, el de los subseñores Colique, desde el hitario coronel Juan de Aldana, que aporó en París al Rey Francisco I de Francia, hasta el magnífico humanista que fue el tortosino Rector de Villagosa, desde el asperísimo jurista don Juan Arce, protagonista y primer editor, en 1539, de nuestro inmenso Código de Costums, rigiendo la famosa galería de la legión de sabios, de artistas, de eruditos, de filósofos, de historiadores, de literatos, de poetas y de publicistas de la más variada índole literaria, que acreditaban la ya tradicional capacidad de trabajo y la inventiva cultural de la familia tortosina.

Homenaje a la pléyade más que florite de nuestros jerarquías autoritarias de todos los épocas: cívicas y eclesiásticas, que culminaron en los cargos de regalí, obispos, de *domestici* romanos, de prefectos de la ciudad, en la época visigoda, y, desde la depótica dominación musulmana, en los de *poiberos*, procuradores, corregidores y, últimamente, alcaldes; y, en la esfera eclesiástica, en aquellos eximios Prelados (entre los cuales destaca y brilla cual astro de primera magnitud el después Papa Adriano VII, con cuya santidad y clemencia ha quedado inmortalizado, como ejemplo, el Episcopologio de Tortosa).

Homenaje a los preclaros hijos de Tortosa que, en los tiempos modernos, honrando el nombre de nuestra ciudad y comarca a las alturas ideales de la Ciencia, de la Literatura y del Arte, increíbles por ser más que legión, que en todos los ramos del saber humano han dejado huella profunda tanto como testimonio: ilustración y perenne de lo que es España un hijo de nuestro pueblo — ¡llámese, por ejemplo, Jaime Tà, Casanova, Querol, Pedrell — cuando bebe su inspiración en los manantiales de la Luz eterna.

Homenaje a aquellos ilustres tortosinos eclesiásticos que en alas de la virtud y del sacrificio, renunciándose por encima de toda innoble pasión y de todo ostentoso amor, han llevado hasta los confines de la perfección su adalid del Evangelio y han dado al mundo el ejemplo admirable del heroísmo cristiano, ya reflejado con la propia sangre se apostolado crucificado entre imbelles, como nuestro Beato Gil de Federico, ya formando escuela de apóstoles de la Religión de Cristo como el por tantos tirales venerando y venerable D. Manuel Domingo y Sol, ya, en fin, arrojando la posición cruenta del martirio, como víctimas expiatorias, durante la bárbara Revolución marxista, ferreos e imquebrantables en su credo.

sión, palabra de los derechos de Dios a reinar sobre todos los pueblos y sobre todos los individuos.

Homenaje, también, justo y merecido a vosotros, señores, con el homenaje a Ilre. Sr. Alcalde D. Esteban Albacac, a la cabeza, que superando con egregios méritos el tan superior mérito de haber escrito la Historia de Tortosa, sus principales actores en ella, que con vuestra autoridad, con vuestro celo por el bien público, con vuestra ejemplar actuación cívica, trazáis la ruta que perseguir deben los que como súbditos o como inferiores os siguen y seculan, con el propósito firme de transmitir acrecentada y más glorificada, el cable, la inmensa herencia de virtudes cívicas y de gloria heredada de nuestros mayores, con el anhelo inextinguible y meritísimo de que Tortosa y su comarca, tan privilegiada por la Providence, ocupen en el concierto de pueblos de la España Nacional, presidida por nuestro Condiño, el título de honor a que se hacen acreedores, de verdad, los más trabajadores, los más virtuosos, los más disciplinados, los más entusiastas.

Homenaje especial (a juicio de todos justísimísimo) de veneratísimo cordial, de incondicional adhesión cívica, como de atenta amistad identificada en unos mismos excoles ideales religiosos, patrióticos y culturales, al grupo patrio y desinteresado Mecenas de la «Historia de Tortosa», Excmo. Sr. D. Joaquín Bux, alma y adalid del resurgimiento moderno tortosino, y en más elevada esfera, presbiter de toda noble Casa patriótica, desde que se inauguró en la vida pública española, al frente de la Alcaldía de Tortosa, en abril de 1925 y promotor de infinitas iniciativas en el mundo de las actividades sociales, siempre en pie de actuación calladamente, siempre sereno su pensamiento en Dios y en la Patria, sin que inconvenientes ni ingratinidades hayan logrado extinguir en su mente ni en su corazón el ideal que guía su vida como a cruzada de amor, de justicia y de orden social cristiano.

Y ya que Vuestrencia, insignie Gobernador civil de nuestra provincia de Tarragona, os habéis dignado, con gesto de suprema elegancia cívica, preside este banquete fraternal, honrando y dignificando este homenaje a un humilde obrero de la Historia tortosina, que en realidad de verdad, merece la Tortosa eterna de todos los siglos, acéptalo, es urgente, el homenaje de nuestro acatamiento, de nuestra altísima consideración y de nuestro afecto cordialísimo, como un ex-voto al espíritu de magnánima justicia, de cristiana orientación social y de nobilísima concordia que habéis destacado en toda la actuación de vuestra vida ejemplarísima, pero con relieve más resaltante desde las capitales de vuestro Gobierno civil en Teruel y en Tarragona.

A todos, en fin, señores, y a cada uno de los que me habéis honrado en este acto de compensación cívica y de confraternidad, os repito, con el corazón en los labios, la palabra sagrada, ritual, obligadísima como una consigna: Gracias, muchas gracias.

Quiten Dios, señores, que este acto de fraternal unión y de patriótica fusión de ideales, que hoy sancionan nuestros hombres más representativos, sea la clave de nuestra futura actuación cívica, a honor, gloria y provecho de la España Una, Grande y Libre que todos anhelamos. He dicho.